



Primera edición del  
Certamen Literario  
Ciudad de Sunchales

Cuentos breves  
o relatos cortos



BIENAL  
DEL LIBRO  
SUNCHALES



CONCEJO  
MUNICIPAL  
DE SUNCHALES

Los cuentos y relatos que forman parte de esta publicación fueron escritos por personas mayores a 18 años de edad, residentes en la provincia de Santa Fe, quienes respondieron a la convocatoria de la **primera edición del certamen literario “Ciudad de Sunchales, organizado por el Concejo Municipal de Sunchales.**

Los trabajos presentados debían responder a la temática elegida para la actividad: los Patrimonios Culturales de Sunchales, declarados por el Cuerpo Legislativo a través de la normativa correspondiente.

Las obras que se publican corresponden a la selección realizada por el jurado integrado por 3 personas nacidas en la ciudad.

## **Beatriz Actis**

---

Es escritora, egresada de la carrera de Letras de la Universidad Nacional del Litoral, editora y especialista en promoción de la lectura y enseñanza de la literatura. Ha escrito más de veinte libros de literatura para adultos y para niños, además de títulos de educación. Ha publicado en Argentina, México y España. Vive actualmente en la ciudad de Rosario.

## Carlos Schilling

---

Es licenciado en Filosofía y trabaja como editor en el diario La Voz del Interior. Publicó Mudo, Experimentos con seres humanos, Disfrazado de novia y Ensayos de voz, entre otros títulos. Vive actualmente en la ciudad de Córdoba.

## Carina Radilov Chirov

---

Docente y escritora. Publicó poemas y cuentos en diversos medios digitales y antologías. También publicó los libros Flor del llano (Espiral Calipso, 2011), Donde empieza a moverse el mundo (Nudista, 2014), Reinas de pueblo grande (Nudista, 2020), entre otros.

# Misterio en el Fuerte de los Sunchales

---

Autor: Emanuel Zanuzzi (Sunchales) | (1° Premio)



Luego de varios meses de trabajo, el hallazgo fue recibido con algarabía. Las excavadoras removieron mucho el terreno. En la última parcela de tierra, encontramos el diario.

Increíblemente se encontraba en buenas condiciones. Estaba envuelto en cinco capas de telas, pertenecientes al uniforme y atado con soga. Poco tiempo después, los resultados de laboratorio determinarían que las últimas dos capas fueron rociadas con una resina que le permitieron conservar el interior del paquete.

Si bien nuestro trabajo había concluido, me interesé mucho por el hallazgo. Inmediatamente las autoridades locales tomaron posesión del mismo para someterlo, durante meses, a una exhaustiva investigación. Recibimos la orden de mantener absoluto silencio. Algo habitual en nuestro trabajo. Lo que llamó mi atención fue la inexplicable demora en hacer público, no solo el diario sino también su contenido. En un principio, mis intentos por acceder a esas hojas fracasaron. No solo estaba lejos de cumplir con mis expectativas, sino que también fui amenazado con perder mi trabajo, ante mi obstinación. Decidí entonces comportarme como nunca antes lo había hecho.

Planeé ingresar en las instalaciones donde estaba el paquete. Por fuera, la seguridad era mínima por lo que no resultó difícil ingresar por la ventana de un pequeño

baño. Una vez allí, abrí la puerta y me aseguré de que ningún guardia pudiera frenar mi curiosidad. Unos pasos hacia mi derecha se encontraba una pequeña oficina donde semanalmente trabajan historiadores, antropólogos, funcionarios. Me dirigí hacia mi izquierda. Caminé unos diez metros hasta que topé con una puerta de color rojo. Le resté importancia ya que nadie estaba custodiando el lugar. Seguí unos metros más por un pasillo angosto que terminaba en un patio luz. Me pregunté si realmente lo encontrado en la excavación se encontraría allí y temí que mi decepción provocara mi captura. En ese momento pensé, con cierta obviedad, que debía investigar aquella habitación de la puerta roja. Ingresé a un lugar totalmente oscuro. Un aire enrarecido circulaba con fuerza. Seguramente contenía algún químico que reducía los niveles de humedad del ambiente. Comprendí que estaba en el lugar indicado para aquellos interesados en la conservación de todo tipo objetos. Sin ser experto en la materia comprendí que cualquier cambio que pudiera generar en ese lugar, alteraría el preciado descubrimiento. Arriesgando doscientos años de historia, tomé una decisión. Encendí la linterna de mi celular. Explore la habitación hasta encontrar una especie de cofre. No había duda de que allí estaría el diario.

Con facilidad pude invadir el cofre y rápidamente accedí a la lectura tan esperada. Las dos primeras hojas estaban

pegadas y su escritura poco clara. En la tercera hoja, su autor escribía: “Hoy tampoco pude dormir. Son varias las noches en las que conciliar el sueño es tarea difícil. El entusiasmo por el devenir de esta maravillosa oportunidad mantiene mis ideas con mucha intensidad. En poco tiempo partiré hacia uno de los lugares más prósperos de la zona, del que habla mucha gente. Como soldado de frontera es un gran honor para mí, partir hacia el FUERTE DE LOS SUNCHALES. Los relevos son necesarios en estos lugares y festejo por ello. No todos tienen la ventaja de ser vigía en un fuerte de primer orden”.

Continúa una parte inteligible y luego sigue: “El día es soleado y caluroso. Nos espera un viaje difícil...”. La letra es borrosa. Más adelante: “Debido a la rotura de varias carretas nos detuvimos en el Fortín Echagüe. Es posible que permanezcamos varios días aquí.

Parece que faltan algunos repuestos para reparar las ruedas de las carretas. Esperamos que en los próximos días lleguen, junto con las provisiones para el lugar, las piezas necesarias para poder continuar con el viaje. Nuestro entusiasmo permanece vigente”.

El diario personal de este soldado pudo conservarse de manera increíble. Si bien algunas páginas han perdido su claridad y algunas hojas se han disuelto al sacarlo a la superficie, pudo construirse perfectamente los días

vividos por aquellos tiempos. Sigo con mi linterna, atrapado en la lectura de este diario. Procuré permanecer cerca del cofre por si una urgencia me obligara a dejar el lugar tal como estaba cuando ingresé. Olvidé silenciar mi celular y una oleada de mensajes ingresaron en mi casilla alterando la ausencia de sonidos de la habitación. El viaje de los soldados continuó: “Ayer no pude escribir. Recibimos la orden de reforzar todas las carretas y de cargarlas con más provisiones para llevar a nuestro destino. Pólvora, municiones, lanzas, sables. Esto indicaba que, por aquellas regiones, la presencia indígena obligaba a engrosar las defensas del Fuerte y a su población. En Los Sunchales viven 1113 personas. El Gobernador Gastañaduy ordenó enviar, meses atrás, el último cañón para el fuerte. Son cuatro en total”.

“Retomamos la marcha hacia nuestro destino. Las conversaciones entre compañeros son muy fluidas. Cada uno cuenta sus experiencias en la milicia y de su vida personal. Los anhelos son diversos. Los míos son poder instalarme en una población y tener allí una vida alejada de las arduas y sangrientas luchas. Se que en Los Sunchales aún continúan los conflictos con el indígena. La ubicación de este fuerte tiene sus intereses bien marcados. El camino al Alto Perú es un paso importante para el comercio. Nuestras ordenes son las de facilitararlo y promover la prosperidad del pueblo. Por lo menos eso es lo que nos dicen. ¿Es justificada una guerra de 300 años?”.

Escuché un ruido en el pasillo. Apagué la linterna y me escondí debajo de una mesa en un rincón de la habitación. Dos hombres conversaban sobre un partido de fútbol jugado la noche anterior. Parecían ser hinchas de uno de los clubes involucrados en dicho encuentro. Enojados por el resultado, se alejaron. En ese momento, mi plan por continuar era indestructible. Me acomodé nuevamente y seguí con la lectura. El soldado, cuyo nombre es desconocido, escribió en varias hojas más relatos de los pormenores de esos días de viaje hasta el fuerte: “Hoy nos detuvimos en el Fortín Los Corrales...”

La llegada al fuerte fue descrita con mucho alivio. Luego de atravesar días de muchas complicaciones el soldado detalla el lugar: “Es una mañana con mucho sol. Los problemas que se nos presentaron por la noche nos han agotado. Sentimos mucha satisfacción por haber llegado. El lugar se muestra como aquellos comentarios que lo relatan. Los montes se extienden por todos lados. Puedo ver algarrobos y el quebracho blanco. Cuando detengo mi exploración observo el bello ombú, separado por grandes distancias. Abundan verdes pastos que se intercalan con el monte. El comandante nos ordenó bajar todo de las carretas, inmediatamente. Con sorpresa, recibimos también la orden de descansar durante todo el día. Permanecemos en los ranchos hasta la tarde.

Comimos y dormimos unas horas. Decidimos caminar

por el fuerte y visitar una pulpería muy concurrida. Nos sentamos a beber vino mientras observamos a los hombres jugar a los naipes. En un momento escuché, en la mesa de al lado, una conversación que al principio no di demasiado crédito. Sospechaban de algo nuevo que los indígenas realizaban. No comprendí muy bien de que se trataba. Solo escuché: rojo, cielo y brillante. No puedo evitar pensar en la conversación de la tarde. Esos hombres parecían muy preocupados. Me pregunto si el comandante nos informará sobre eso. Las instrucciones son rigurosas de todo aquello que compete a los indígenas”.

“Anoche, cuando finalmente me entregué al sueño, un resplandor de color rojo me despertó. Volví a dormir sin problemas ya que consideré haber tenido un sueño, una sugestión de aquella conversación en la pulpería”.

Mi celular comenzó a sonar y tuve que interrumpir la lectura. Un compañero de trabajo me estaba llamando. No estaba seguro de atender ya que si hablaba podía llamar a los guardias y ser descubierto. Rechacé la llamada. Por primera vez en mucho tiempo observé el reloj. Mi sorpresa fue tal que di contra una pared luego de un sobresalto. Debían estar buscándome, en mi casa, en el trabajo. Mi paradero era desconocido, luego de diez horas de atrapante lectura. Envié varios mensajes de textos para tranquilizar una posible búsqueda masiva.

Las siguientes cinco o seis hojas del diario, eran prácticamente inteligibles. Solo algunas palabras eran lo suficientemente claras como para entender en el registro, un trabajo intenso y la defensa constante del fuerte que diariamente realizaban. Más adelante la escritura era fantástica y pude proseguir sin inconvenientes: “Hoy perseguimos un grupo de indígenas que robaron los caballos de una estancia. Los alcanzamos luego de varias horas de una corrida infinita. Si bien los duplicábamos en número, son peligrosos adentrados en el monte. Con coraje bajamos de nuestros caballos y corrimos con dificultad por no conocer el lugar. Recibimos flechazos que venían de diferentes direcciones. Un compañero fue herido en la pierna y a otro, el roce de una flecha lastimó su oreja. Se salvó de milagro. Matamos algunos, pero no pudimos recuperar los caballos. El regreso no fue tranquilo. A lo lejos vimos polvareda. Supimos que aquellos ladrones lograron reunir refuerzos para atacarnos. Nuestra desesperación impulsó nuestro trote transformándolo en una corrida sin precedentes. Llegamos exhaustos al fuerte sin ser alcanzados por nuestros perseguidores”.

“Retomo la escritura esta noche por algo inexplicable recién sucedido. Creo que es importante registrar lo que acabo de ver. Una luz de color rojo, en el cielo, se estacionó sobre el fuerte. Inmediatamente realizó un círculo y desapareció. Sin salir aún del asombro, dos luces más se acompañaron en un lento recorrido hasta que

más se acompañaron en un lento recorrido hasta que aceleraron y las perdí de vista. Me tomó unos minutos para decidir despertar a mis compañeros. Ninguno dio crédito a mi observación. Mañana retomaré el asunto”.

“El cansancio de la corrida de ayer me permitió dormir bien a pesar de aquel asunto de las luces en el cielo. Recordé la conversación de aquellos hombres en la pulpería. Pensé en una venganza de los indígenas. Tal vez sea cierto que andan en cosas raras. No puedo explicarme de que manera provocarían esas extrañas luces. Hoy tenemos un día muy atareado, pero en algún momento voy a volver a la pulpería a buscar a esos hombres”.

“Anoche pude escaparme. Llegué a la pulpería. Encontré a los hombres y me senté en su mesa. Con poca amabilidad, producto de mi desconcierto, exigí información sobre esas luces. Lo que pudieron decirme fue que los indígenas habían encontrado la manera de expandir una suerte de hechicería contra todos aquellos que invadieran su tierra. Desde hacía mucho tiempo estas luces aparecían en el cielo para asustar a la gente del fuerte y desencadenar un posible ataque. Mis dudas sobre esta hipótesis despertaron un gran debate. Me retiré del lugar antes de que el alcohol provocara un enfrentamiento que me pusiera en clara desventaja”.

“Hoy desperté decidido a hablar con el comandante. Sospecho que está informado sobre lo que está sucediendo. Conozco muy bien las medidas disciplinarias a las que podría estar expuesto si el comandante me

considerara un entrometido en asuntos oficiales. Esta tarde voy a hacer el intento”.

“Tuve una única oportunidad de hablar con el comandante y lo aproveché. Con el temor correspondiente informé sobre la conversación que tuve en la pulpería. El rostro del comandante no expresó asombro ni desconcierto. Conocía esta información transmitida por mi osadía. Se sumaba a esta expresión el gesto de saber que algo peor ocurriría.

Comprendí que el asunto preocupaba al comandante”.

“Un estruendo me despertó. Salí corriendo. Todos los soldados corrían en busca de sus armas. Los cañones esperaban ser cargados. Desde el cielo, numerosas luces de color rojo se acercaron al fuerte. No puedo explicar lo que pasó. Cataratas de fuego quemaron árboles, casas, caballos, personas. Explosiones nunca vistas aterrorizaron nuestras almas. Mis compañeros volaron por los aires. Nada pudimos hacer para defendernos. Escasos minutos bastaron para quedar abatidos por el ataque. No vi al comandante. Encontré refugio entre un árbol caído y un caballo muerto. Las heridas en mis piernas sugieren la gravedad de mi estado. Me apuro en escribir estas últimas palabras. Hay mucha calma. Del tronco, rasgado, quebrado, obtengo la resina que cubrirá parte de mi uniforme para poder conservar esta historia que nunca comprenderé”.

Fin.

# La bella lengua piemontesa

---

Autor: Marta R. Gai (Sastre) | (2° Premio)



Soy profesora de italiano, hablo fluido francés, amo el portugués, me defiendo con el inglés y estoy por empezar un curso de alemán.

Los idiomas me encantan, el origen y etimología de las palabras me apasiona y creo fervientemente en la magia de la comunicación por medio de ellas.

Sin embargo, si alguien me preguntara si hablo el piemontés, la bella lengua materna de mis abuelos italianos, respondería negativamente sin dudarlo. Es una pena, pero no tuve la suerte de compartir demasiado tiempo con ellos.

El abuelo Pietro, aquel muchacho que un día abandonó las bellas colinas del Piemonte y con unas pocas pertenencias y un boleto de tercera clase se embarcó rumbo a "la Merica" murió muy joven y sólo poseo de él unas pocas fotos y algunas anécdotas referidas por mi padre y mis tías.

Ya habituado a que lo llamaran Pedro, aquí aprendió el oficio de talabartero y fue un hábil artesano, muy requerido por numerosos y fieles clientes. En su modesta talabartería, entre las cinchas, arneses, botas y aperos, se destacaba un cartel: "Sempre avanti Savoia". Un símbolo, supongo, de quien se consideraba un orgulloso súbdito de los monarcas del Reino de Italia.

Sus hijos aseguraban que uno de sus pocos vicios era

tomar la sopa con vino y que era bon com el pan; hombre de pocas palabras, mirada profunda y un gran corazón.

La abuela María era una vieja testona que dedicaba gran parte del día a brontolé. Tal vez no siempre había sido así, pero yo la conocí cuando ya era una anciana achacada que seguía añorando la tierra italiana que había dejado hacía varias décadas.

Invariablemente repetía: ¡porca miseria! esta llanura de porquería no se parece en nada al bello paisaje que yo veía todas las mañanas desde la ventana de mi humilde casa, allá en mi pueblito. Los magníficos Alpes, el Monviso, la nieve... acá, en cambio, esta tierra plana, interminable que se funde con el horizonte ¡te da un magon! y allá se iba, recitando bajito un rosario de maldiciones a buscar su sillón de mimbre. Se hamacaba, cerraba los ojos y se transportaba hacia aquel lugar lejano.

Haciendo memoria y evocando aquellas épocas, puedo recordar varias situaciones que me hacen reflexionar acerca de mi supuesta ignorancia en el tema lingüístico y cultural de mis ancestros.

Si alguien de la familia no estaba bien de salud, la preocupación era general, hasta que luego de consultar a la curandera que vivía cerca de casa, la nona volvía y serenamente afirmaba, que la mare ya había hecho lo que había que hacer y que el enfermo iba a estar propio en

amba en pocos días.

Chi a va pian, a va san e va lontan, nos repetían las tías, en tono de reto, cuando de niños nos atropellábamos apenas nos daban permiso de dejar la mesa para irnos a jugar.

Si les insistíamos para que nos llevaran a tomar un helado, primero ponían varias excusas, al mismo tiempo que mis primos y yo ensayábamos nuestras mejores caras de niños compungidos, hasta que finalmente una se apiadaba y decía: andoma, va y nosotros en segundos estábamos listos y esperando en la vereda.

En mis épocas de estudiante universitaria, lejos de mi pueblito enclavado en la Pampa Gringa, recuerdo que una tarde cuando estudiábamos en grupo y mientras nos pasábamos apuntes, hojeábamos libros y tomábamos litros de café, en un momento alguien comentó que el único que seguramente iba a aprobar era Sergio, porque se comentaba que la profe de Lingüística, estaba enamorada de él. Yo, sin levantar la vista de mi lectura exclamé: Ma va, no puedo creer que la profe esté interesada en ese bonomass.

Todos rieron y yo me quedé seria sin entender la razón. ¿Qué decís, nena?

¿En qué idioma hablás? Lo pensé un poco y me di cuenta que mis amigos citadinos, jamás habían escuchado esas expresiones, tan comunes en mi zona.

Otra vez, salimos a dar una vuelta con Griselda, otra compañera de la facultad.. Ella estaba muy preocupada porque su novio parecía lejano, ensimismado, triste y temía que la estuviera engañando. ¿A vos te parece que me seguirá queriendo? Yo la miré seria y conociendo al buenazo de Fernando, le dije sin dudarle: ¡altrocché Gri! Me miró desorbitada y sin entender nada. De nuevo, desde lo más profundo de mis raíces gringas, fluía alguna palabra desconocida en otros lares.

Muchas veces, ya casada, mi marido llegaba a casa y me preguntaba cómo estaba. I soma sì solía ser mi respuesta y ambos reíamos; ya era casi un código para resumir que había sido un día tranquilo, sin demasiadas novedades.

Aun hoy y cuando el tiempo me lo permite o la nostalgia me lo exige, me atrincheró en la cocina, luego de haber recogido de nuestro pequeño huerto algunas ramitas de laurel, un poco de orégano y unas hojas de salvia. Busco la nuez moscada, la rallo con cuidado y preparo salsa para acompañar unos ricos spaghetti. El aroma me transporta en el tiempo y puedo ver a la nona, con su bastón y su artritis a cuestas, estirando una masa casera, porque jamás mientras ella estuvo viva, alguien se atrevió a comprar pasta en el supermercado.

En los días inestables, dejo de prestar atención a las científicas predicciones meteorológicas y me instalo en el patio, observando nubes, oliendo el aire, oteando el

horizonte y muchas veces puedo vaticinar con total convencimiento: vent da la costa, la pieuva a l'è nostra. Nunca pasan más de algunas horas, antes de que llegue la anunciada lluvia.

Ahora que ya soy abuela, hago grandes esfuerzos cuando mi hija, con razón, reprende a mi nieto más chico por alguna travesura, pero igual de vez en cuando se me escapa la frase: dejalo, pur masnà; glorioso resabio de mi sangre tana y de la ternura inmensa que siento por ese chiquitín.

Los ejemplos y las anécdotas se multiplican y comprendo que aparecen en cada etapa de mi vida, salpicando graciosamente a veces, o de modo casi trágico otras, acontecimientos triviales, vivencias tristes, bromas familiares, conversaciones de todo tipo y ante cualquier circunstancia.

Lo que se hereda no se roba, dice el sabio refrán, y a pesar de que nada me fue enseñado metódicamente y ni siquiera recuerdo que yo me haya esforzado por recordar palabras o frases de esa lengua que subyacía en nuestro entorno, ella se las arregló para emerger, para sobrevivir, para recordarme que allá en el lejano Piemonte italiano están mis raíces. Y yo, pequeña e insignificante rama de ese fuerte y añoso árbol, acepto orgullosa esa amorosa herencia.

Fin.

# La magia del tiempo

Autor: Marcela Susana Labrecciosa (Tacural) | (3° Premio)



Oxi, la magia del tiempo, trepó a un tren de pasajeros, un día cualquiera, en algún lugar... sin rumbo. Sentado en el último vagón veía como el infinito de las vías se estiraba, tratando de alcanzar ese punto lejano que los unía.

Oyó susurrar las historias de amores secretos escondidos en los largos vestidos, en los bastones y las maletas de cuero. A los amores gastados les sopló un poco de su magia para que sigan palpitando hasta el fin del viaje.

Oxi cerró sus ojos y pronto lo despertó el adormecido ruido de las ruedas acariciando las vías. El silbido de los frenos le dio los buenos días y desde la ventanilla vio que se acercaban a una bonita estación: SUNCHALES.

Como un suspiro descendió del tren para dejar huellas con su magia, la magia del tiempo.

Se quedó a jugar a la pelota con unos niños descalzos. Nadie lo vio, porque el tiempo no existe cuando ellos están jugando.

Paseó pisando la hojarasca, bajo la sombra de unos gigantes verdes que no dejaban de soplar frescura y de perfumar el aire con aroma a eucaliptus.

Quiso hacer equilibrio por los rieles pero un cartel blanco con gastadas letras rojas le dijo: "¡Alto! Está prohibido caminar por las vías". Pero él se las ingenió para dejar sus huellas oxidadas en las trochas dormidas.

Recorrió el andén y se refugió en las galerías descascaradas. Nadie lo vio, porque el tiempo pasa tan rápido, que las personas no se dan cuenta.

Reposó sin reloj frente a la capilla de la Virgen eternamente iluminada. Divisó miradas ansiosas que alguna vez estuvieron frente a la ventanilla de la boletería, esas pupilas brillantes de emoción ya no están, quedaron guardadas entre las letras del cartel.

Se sentó a descansar en un viejo banco escondiéndose entre las vetas gastadas de la madera. Desde ahí siguió espiando historias de amor, que reían y acariciaban cómplices en los modernos bancos de cemento. Nadie lo vio, porque el amor nada sabe del tiempo.

Cuando advirtió que el sol sonreía desde su lugar más alto, Oxi buscó otros lugares para seguir descubriendo. Encontró carteles añosos y despintados que compartían el esplendor de la tarde, con los modernos y coloridos que invitaban a detenerse. Allí tampoco nadie lo vio, porque la gente no tiene tiempo para detenerse a observar.

¿Es que nadie mira al tiempo? Ese que pasa y suspira, ese que impregna y avisa...

Trepado a los primeros escalones de la pasarela, divisó a una pareja de abuelos. Ellos hablaban de viejos tiempos, de tiempos felices, de proyectos concretados a través del

tiempo... “¿Me habrán visto?” Se preguntó Oxi, quién muy entusiasmado comenzó a correr por la parte más alta, dejando sus huellas en el piso y en los pasamanos. Anduvo tan feliz que los ancianos pudieron oírlo a través de las risas y los ecos de la tarde. Estaba seguro de que lo vieron correr, como lo hace el tiempo cuando estamos felices.

Y allí se quedó Oxi, viviendo en la Estación, despidiendo cada día el adormecido cantar de los trenes al partir. Aún está su presencia, cuidando el juego de los niños, descubriendo nuevos recovecos, barriendo hojas como un remolino y disfrutando del sol que hace relumbrar cada rincón oxidado del viejo ferrocarril.

**Fin.**

# De tiempos felices

Autor: Mónica María Minardi (Sunchales) | (Mención Especial)



El tren lanzó sus últimos estertores humeantes e ingresó, soberbio y rugiente, a la estación Sunchales. Traía entre sus pasajeros al flamante maestro que se haría cargo de enseñar las primeras letras a los niños del incipiente poblado.

En el andén, lo esperaba el pueblo, un puñado de chacareros ansiosos con las mejores "pilchas", deseosos de ver descender a quien se haría cargo de desplegar toda su sapiencia.

Lo vi bajar con sus maletas que supuse abarrotadas de libros y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Allí estaba quien me conduciría de su mano hacia un futuro de números y letras.

Miró a un lado y otro como buscando a un amigo, y entonces, cientos de manos toscas se ofrecieron, voluntarias, para acompañarlo al hospedaje.

¡Cuánto misterio y cuánta esperanza!

La Jefa de estación fue la encargada de darle la bienvenida. Tomó su mano suave de manejar lápices y tizas y le dio un apretón tan fuerte que sobraron las palabras para expresar lo que sentía el pueblo. Después, los pueblerinos en caravana lo acompañaron hasta el hospedaje. Adiviné en sus rostros la felicidad de contar con la ayuda que ellos nunca hubiesen podido brindar.

Al día siguiente, fui el primero en detenerme junto a la puerta de la pensión- hospedaje donde había pasado la noche el recién llegado. Quería ver con mis propios ojos cómo comenzaba la jornada el maestro.

Lo vi salir con su portafolio reluciente y pensé en cuánto tendría para darnos...Lo seguí de lejos y con inusitada curiosidad pensé si sabría dónde quedaba la escuela. Minutos más tarde obtuve la respuesta.

Se detuvo frente al edificio y lo miró como si fuera un médico que ausculta a un paciente. Sus ojos recorrieron el lugar lentamente, examinando cada detalle. La construcción era imponente y me imaginé su pregunta: -¿Estaré preparado para supremo desafío?

Junto a la puerta principal, lo esperaba el presidente comunal, quién extendió, rápido, su mano firme, le pasó un brazo por los hombros en señal de animosa recepción y ambos ingresaron.

En el interior, a mano derecha, se hallaba el escritorio del Director; dejó allí con sumo cuidado su portafolio y llegó entonces el momento de hacer la recorrida por el espacio escolar: las aulas, la sala de actos, el patio de juegos, los baños, los bebederos, la pequeña biblioteca y en el centro, el mástil donde a partir del día siguiente, inicio del ciclo escolar debía flamear la Azul y Blanca, nuevita como la profesión del maestro, porque ese año estrenaba su rol.

Después, ambos hombres caminaron nuevamente hacia el despacho donde el joven docente conoció al Director, un hombre adusto, de pocas palabras, que inspiraba respeto. Este le mostró lo que sería su nueva casa, a la que se ascendía por una escalera de madera.

Cuando todo fue ultimado, el presidente se alejó. Una sensación de alivio adiviné en su rostro: dejaba la escuela en buenas manos.

Al día siguiente sobrevendría la prueba de fuego: Llegaríamos nosotros, los alumnos, nuestros padres, parte de la comunidad, el presidente comunal, el Director, en fin,... todos o casi todos, al acto inaugural del ciclo lectivo.

Nosotros, pequeños inocentes, nada dóciles, estrenábamos guardapolvo blanco como el maestro y el Director, y nuestro corazón golpeteaba en nuestros pechos como caballo desbocado. Muchos lloraban aferrados con temor a las faldas de sus madres, temerosos de enfrentar algo desconocido hasta entonces.

Mis ojos parecían no tener límites para registrar todo lo que veía.

De inmediato irrumpieron en la escena, el Director y el maestro; este último nos hizo formar fila según la altura, tomar distancia y predisponernos para presenciar el izamiento de la Enseña Nacional. Fue entonces cuando un

silencio de muerte recorrió las filas, porque todos estábamos allí junto al mástil...pero faltaba lo esencial, la Bandera.

Sólo atiné a mirar la cara del maestro. Estaba desencajada, nos observaba como si tuviéramos la respuesta... ¿Qué había pasado? Un murmullo alarmante recorrió las filas. Algunos niños cerraban los ojos como esperando lo peor, otros, no podían creer lo que estaban viendo.

Vimos entonces, correr a la Portera hacia el interior de su lugar de trabajo y de inmediato, percibimos con alivio su regreso a paso redoblado portando entre sus brazos, el símbolo sagrado. Después, lo vimos ascender despaciosamente como pájaro aleteando al viento y nos sentimos felices de ser argentinos.

Con posterioridad, nos encaminamos al aula. Allí el maestro desplegó ante nuestros ojos azorados un mundo nuevo para nuestras cabecitas infantiles.

Aquel fue un día de emociones encontradas, inolvidables, en la Escuela Fiscal N° 379 Florentino Ameghino de Sunchales. El miedo fue cediendo poco a poco y dio paso a la ansiedad, a la alegría y la esperanza.

Fue maravilloso aprender de la mano de un docente amoroso y paciente que sabía tanto y nos estimulaba para que desarrolláramos todo nuestro potencial. Todavía hoy recuerdo a aquel maestro de avanzada y rememoro con

nostalgia aquella mezcla de sensaciones que me incentivaban a aprender. Las mismas que experimenté muchos años después, cuando con delantal blanco traspuse la puerta principal, ya como profesor, para ayudar a otros niños a alcanzar sus sueños de libertad.

**Fin.**

# Gino

---

Autor: Iván Giordana (Sunchales) | (Mención Especial)



Gino es un gurrumín que apenas pasa los dos años. No entiende lo que sucede ni lo va a recordar jamás, excepto en algún breve sueño de niño dolido.

Es una madrugada clara del invierno de 1921 en la costa italiana, tierra de brazos fuertes y obstinados que esperan la bendición que no llega. En ese puerto genovés, en donde se mezclan los vahos de vísceras animales que se descomponen pese al frío con los aullidos desesperados de cuerpos torpemente arrojados por frazadas infectadas de chinches, el hombre arrastra a su esposa y al pequeño Gino y abre paso entre el gentío sucio. Pone un par de billetes húmedos y una cadena heredada en la palma de un lungo ojeroso y logra que su humilde familia tenga pasaje asegurado en esa cáscara de nuez inestable que los llevará al otro lado del mundo. O quién sabe adónde.

Apretujados y con el estómago apenas entretenido por galletas secas y pan duro que la mujer lleva en un saco de cuero gastado, recibiendo de vez en cuando una ración de un amasijo sin forma tan desabrido como la huida misma, navegan durante largas semanas rumbo a la esperanza.

Llegan a la barrosa Buenos Aires en estado calamitoso, con aspecto de cadáveres ambulantes que se marean entre conversaciones indescifrables. El padre empuja y pone el pecho. Resiste con dientes apretados. Testarudo e

insistente alcanza uno de los tantos escritorios que hay y pronuncia su nombre, el de su mujer y el de su hijo.

Un sujeto uniformado toma nota en un libro gordo y le extiende un endeble documento que les servirá de identificación. El apellido parece tener menos letras pero no hay tiempo, modo ni fuerzas para plantear una queja. Un edificio de dimensiones colosales que se levanta un poco más atrás los recibe con un plato caliente y una escuálida litera que les permite recuperar la tan reconfortante horizontalidad.

Entre guisos aguados y policías adustos, tranvías sincrónicos y pestes expansivas, música enredada y llanto contagioso, pasa una semana y la familia se sube a un tren que sale rumiando hacia el norte. Las apaisadas tablas de madera que cierran los laterales del vagón de carga dejan una hendidura de luz entre una y otra por la que se puede ver el interminable paisaje rural. La puerta se abre en un poblado llamado Rafaela y los viajeros bajan dóciles como ganado cansado. El pequeño Gino no va a recordar nunca la ardorosa ilusión de sus padres cuando en el andén mismo les dicen que hay trabajo para ellos en una estancia de la zona, en un lugar cercano llamado Sunchales. Aceptan sin reparos.

Para cuando Gino cumple cuatro años, su madre espera su segundo hijo, que será seguido por cinco más, porque hay que parar la olla y nada mejor que manos firmes que

auxilien a las arrugadas.

Los niños crecen; curten su piel a pura faena, a abrupta intemperie. Arrancan temprano y tarde terminan. Frenan sólo cuando la madre, haciendo señas desde la cocina con un espejo que refleja los rayos de este generoso sol sureño los convoca a la mesa. Si el cielo está gris, la chaira contra la base de un fuentón vacío los invita a acercarse. La madre sirve la comida mientras canta en piamontés las canciones que trajo de su comarca, esas que sus abuelas entonaban con cristalina dulzura; los más grandes tararean despacito, los pequeños oyen con atención, el padre baja la vista y mastica en negro silencio.

Estos tanos medio argentinos o argentinos un poco italianos, agradecidos hasta el tuétano y ungidos con el tesón de los dioses, labran ilusionados el suelo fértil que se abre en gracia. Hablan a los gritos. Fracasan por el agua y las langostas. Egresan orgullosos de la escuela primaria. Escriben cartas a los que allá lejos quedaron. Extrañan. Se cruzan con criollos, se enamoran de gallegos, se mezclan con alemanes y suizos. Se casan y se multiplican. Se enferman. Se asocian y emprenden. Confían. Se decepcionan. Ponen en marcha una máquina y una fábrica. Ponen en marcha un pueblo y una ciudad. Ponen de pie un país.

Gino es un hombre débil que roza los cien años. Hace tiempo que sus labios están sellados. No recuerda casi

nada de su rústica vida pero, antes de su partida, en ese extraordinario segundo de lucidez que precede al final, toma la mano de su hija y dice, en un susurro entreverado, ciao alla mia terra, grazie amore mio.

**Fin.**



CONCEJO  
MUNICIPAL  
DE SUNCHALES